

Conformismo y competencia en la sociedad japonesa

Takeshi Ishida

Después del incidente en el aeropuerto de Tel-Aviv en el cual tres jóvenes japoneses, bajo órdenes de guerrilleros árabes, mataron y lesionaron a muchas personas, planeando de inmediato suicidarse, muchos se preguntaron si, después de todo, el Japón no seguía siendo el país de los *kamikaze* —los pilotos suicidas de la segunda Guerra Mundial—. Con toda seguridad otros relacionaron este incidente con el “resurgimiento del militarismo japonés” que tanto se ha citado.

De hecho, en cuanto a los varios factores de fondo en la sociedad japonesa que produjeron tal fenómeno, existen elementos de continuidad con la época anterior a la segunda Guerra Mundial. Sin embargo, sería equivocado establecer una relación causal, y vincular las actividades de estos tres jóvenes japoneses directamente con el comportamiento de los *kamikaze* de la última guerra. Entre otras razones, estos jóvenes se distinguen de la generación de la guerra —la de los que la experimentaron— y tratan de resistir a esa generación que controla el Japón actual. Los sobrevivientes de esa generación, que utilizó con bizarría la táctica de los *kamikaze*, ahora forman la parte nuclear de los grupos de poder. Algunos de ellos son diputados en la Dieta Japonesa; otros, empleados en las oficinas del gobierno, o como directores y jefes de departamentos han ingresado en la capa de los ejecutivos de empresas.

Dado el sistema de escalafón, por lo común el primer ministro pertenece a la generación que ahora tiene sesenta años; la generación de la guerra, que hoy día llega a la última mitad de los cuarenta y la primera de los cincuenta, todavía no alcanza las máximas posiciones en la sociedad. Sin embargo, en toda clase de organizaciones esta generación hace las decisiones más importantes, las de valor; lo que quiere decir que en Japón con frecuencia los hombres que están en la cumbre mantienen su posición al establecer un equilibrio con los de las capas más bajas que tienen el poder en las manos. En este sentido la generación de la guerra sí desempeña el papel nuclear de los grupos de poder de la sociedad japonesa actual. Uno de los motivos psicológicos que radicalizaron a los autores principales del incidente de Tel-Aviv, así como a activistas radicales con ideas semejantes, es la oposición al orden creado por hombres de las generaciones anteriores.

Los objetos de su oposición no son sólo el gobierno, el partido en el poder y los organismos de las gigantescas empresas. No sólo reflejan también su inconformismo frente a los socialistas y los comunistas —los partidos de oposición— sino convierten a éstos, que controlan su inconformismo, en objetos de su ira.

La oposición frente a la situación establecida se puede considerar una de las peculiaridades del movimiento estudiantil actual, no solamente entre los jóvenes japoneses sino entre los de cualquier otro país. Sin embargo lo que distingue al Japón es que el descontento de los jóvenes participantes se expresa de una manera excesivamente patológica. Cabe preguntar por qué la inconformi-

dad de los jóvenes, que se entronca con la mundial en el Japón, se expresa ahí de una manera tan enfermiza.

Pienso que podemos buscar una de las razones en el hecho de que la sociedad japonesa es una en la cual se vincula la competencia con el conformismo. Otra causa es que por esta relación entre conformismo y competencia, el tiempo de la modernización del Japón alcanzó una velocidad vertiginosa. Es decir, la conciencia de competencia, que exigía alcanzar y sobrepasar a los países avanzados de Europa Occidental, impulsó la rápida modernización del Japón, al realizarse dentro del país, para estos fines, un esfuerzo unánime corporativo. Al mismo tiempo, dio al país el aspecto de estar sujeto a una característica conformista, conocida como la “lealtad al emperador”. De hecho, esta característica no era pasiva ni estática, sino como competencia por probar la lealtad, se manifestó en forma dinámica. En realidad fue una de las condiciones que hicieron posible el repentino desarrollo japonés. Sin embargo, al dar lugar a un ultranacionalismo irracional, dentro de esta competencia por la lealtad, también llevó al Japón hacia guerras no previstas. Por la derrota definitiva en la segunda Guerra Mundial, la lealtad para con el Emperador pronto dejaría de ser decisiva para los japoneses. Sin embargo, como en seguida observaremos con más detalle, también en la sociedad japonesa actual la vinculación entre conformismo y competencia permanece como una de sus características peculiares. De manera que este rasgo se convirtió en una de las causas que vuelven la oposición de los jóvenes iracundos del Japón de hoy en algo tan patológico.

Antes de explicar la relación entre conformismo y competencia en la sociedad japonesa actual sería necesario tratar algo acerca del trasfondo histórico que hizo surgir esa vinculación. El conformismo se puede definir como “seguir, en los patrones de conducta y en la orientación de valores de control, a los grupos a los cuales uno pertenece”. Dicho más simple es “seguir la misma conducta de los demás”. Frente a ello, consideramos la competencia como “demostrar su excelencia frente a los demás”. Preguntarnos por qué podrían vincularse esos dos factores causales, que a primera vista parecen contradictorios, dentro de la sociedad japonesa, ya exige una explicación de las premisas históricas.

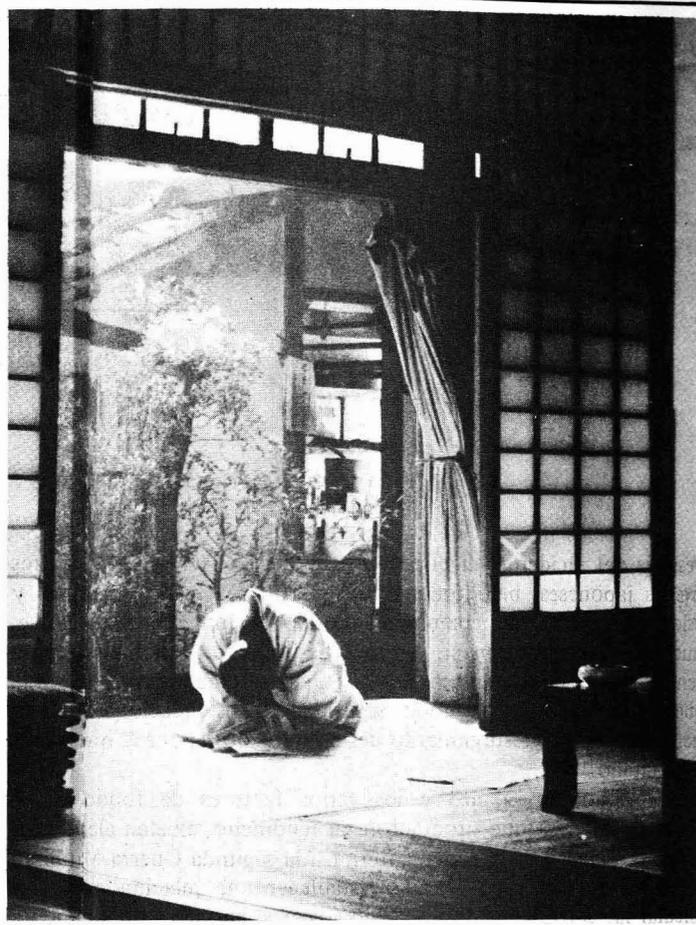
En primer lugar, podemos buscar el origen histórico del conformismo en la sociedad campesina japonesa, que se concentra en la producción de arroz. Por lo común, se pueden observar elementos de conformismo, en menor o mayor grado, en cualquier comunidad aldeana de una sociedad agrícola. Sin embargo, por los siguientes elementos se manifiesta más impresionante en el Japón. Antes que nada, Japón es un país isleño. Fue rara la inmigración a este territorio limitado y, además, como en el país isleño y montañoso existía una gran población, las tierras cultivables se labraban desde épocas tempranas; quien quisiera nuevas tierras cultivables no tenía el remedio de trasladarse a otras regiones. De

tal manera, siglo tras siglo, en el Japón los descendientes de los campesinos vivieron en las mismas tierras y se dedicaron, generación por generación, al cultivo del arroz.

En segunda instancia, entre los hombres que por largo tiempo seguían viviendo en las mismas tierras había, por las necesidades de producción, una cooperación extremadamente íntima. Para lograr una producción de arroz altamente intensiva es necesario plantar y cosechar rápidamente, en un tiempo determinado, para aprovechar los bruscos cambios de clima y obtener así óptimas cosechas en tierras limitadas. Por tanto, en las épocas de plantar y cosechar se necesita una gran cantidad de mano de obra, lo que aumenta las necesidades de la labor colectiva. Además existían los mismos requisitos de colaboración al construir casas y en otras ocasiones extraordinarias que requerían la asistencia de muchos, como la celebración de matrimonios y sepelios. Pero en esa participación comunitaria relacionada con la producción: siembra, cosecha, barbecho, obtención de materia prima para el abono, y obras de irrigación, intervienen otros factores peculiares al caso japonés.

De esta manera, por largo tiempo, la experiencia de residir en las mismas tierras desde las épocas lejanas de sus antepasados, y de haberse acostumbrado a la producción de arroz en forma cooperativa, se llegó a arraigar entre los campesinos la costumbre de copiar el comportamiento de los otros hombres de la aldea. Por lo común, como resultado de la penetración de la economía de mercado —la competencia— en una sociedad campesina tradicional, ésta tiende a desmembrarse. Pero en el caso del Japón, por la industrialización repentina, y consecuentemente imbalaceada, se dio el fenómeno de que no se modificaron las condiciones básicas de la aldea campesina. Así, aun en el siglo XX, cuando la industrialización se aceleraba, la aldea rural no cambió. Continuó su cultivo tradicional del arroz y se mantuvo la conformidad entre sus miembros. Aun al entrar a la década de los cincuenta, esta realidad hacía surgir incidentes como el caso de una muchacha que se había quejado al editor de un periódico por irregularidades electorales cometidas por los vecinos: su familia fue excluida de la comunidad aldeana (un proceso que en el Japón aun tiene su propio nombre: *mura jachibu*); se alegaba que difundir algo tan vergonzoso trastornaría la paz de la aldea.

La interrelación entre conformidad y competencia no es un fenómeno que haya aparecido por primera vez en la modernidad. En el Japón las causas originales de la competencia pueden buscarse en la vida de los samurai que, empuñando la espada, arriesgaban sus vidas luchando. Sin embargo, cuando de hecho los samurai pudieron justificar sus razones para la competencia fue en la época de su auge, entre el siglo XII (cuando el antiguo régimen imperial estaba en decadencia) y fines del siglo XVI, cuando los Tokugawa lograron controlar todo el país. Desde que se estableció el sistema feudal conocido como el Sistema Tokugawa, que logró



una soberanía centralizada a medias, las luchas armadas dentro del país desaparecieron por espacio de trescientos años. La clase militar pronto perdió toda posibilidad de competir con la espada en la mano y, siguiendo la ética confuciana, sus miembros ingresaron a los organismos burocráticos que controlaban el territorio nacional. La competencia quedó restringida al orden impuesto por el sistema shogunal. Es decir, los samurai ya no podían realizar las ambiciones de un Toyotomi Jideyoshi, que quería conquistar el imperio sólo por medio de la espada. La única competencia admisible para un samurai era obtener buenos resultados en los torneos que presenciaba su señor feudal, o, de la misma manera, demostrar frente a él sus conocimientos académicos confucianos.

No obstante, después de haber durado por trescientos años el sistema shogunal Tokugawa, mientras que se profundizaban sus contradicciones internas, apareció también el impacto occidental que se manifestó en acontecimientos como la llegada del comandante Perry. Se incrementaron los trastornos que alcanzaron el total de la sociedad, y las causas de la competencia recobraron importancia. Cada una de las unidades feudales (*jan*), que hasta entonces habían sido sujetadas por el Bakufu, empezaron a competir y trataron de alcanzar su propia hegemonía. Bajo estas condiciones, extraordinarias aun dentro de cada *jan*, la clase militar baja, que hasta entonces había estado sin poder político, se lanzó a la competencia. Algunos de sus miembros, enfrentándose a graves peligros, fueron a Europa Occidental y demostraron grandes habilidades en el intento de encontrar respuestas ante este peligro extranjero, por medio de los nuevos conocimientos técnicos que aprendieron en ultramar.

Al comparar las actitudes de Japón y de China frente al impacto occidental, a las diferentes condiciones objetivas geográficas (China estaba más cerca de Occidente) y temporales (China recibió el impacto occidental antes, y el Japón podía aprender de

la experiencia china) podemos añadir un factor subjetivo. Frente al hecho de que en China la clase burocrática se formaba de letrados que pasaban exámenes a base de la memorización de los libros clásicos confucianos, en el Japón la clase burocrática, que participó en la semisoberanía del Bakufu y de las unidades feudales, se constituyó con miembros de la clase militar. Durante trescientos años, estos samurai habían dejado las verdaderas luchas militares sin perder por completo el hábito de competencia que se manifestó como una habilidad práctica para enfrentar situaciones concretas. Además, como el sentido superior cultural —la conciencia de pertenecer a un imperio que fuera el centro del mundo— era en Japón débil entre las clases dirigentes; los japoneses que representaban a la clase militar podían reaccionar con más flexibilidad que los chinos frente al impacto occidental.

Después de pasar, desde fines de la época de los Tokugawa hasta la Restauración de Meiji, por una época de rebeliones, se proclamó en 1889 la Constitución Imperial. Al publicarse, al año siguiente, el Rescrito sobre la Educación, el nuevo sistema nacional, centralizado por la fuerza, quedó legal y espiritualmente consolidado. De esta manera otra vez los motivos para la competencia ayudaron limitados por un marco conformista.

En este caso, el conformismo de las comunidades rurales de la sociedad agrícola tradicional, se convirtió en otro que incluía a todos los ciudadanos. La razón por la cual este conformismo rural podía hacerse fácilmente extensivo a toda la población yacía en el hecho de que los ciudadanos habían tenido el mismo origen étnico, durante largo tiempo habían habitado el territorio limitado de un país isleño, y especialmente durante trescientos años de aislamiento habían vivido una vida cerrada. Su homogeneidad, tanto religiosa como antropológica y lingüística era fuerte, si la comparamos con otras sociedades, a pesar de las mínimas diferencias regionales.

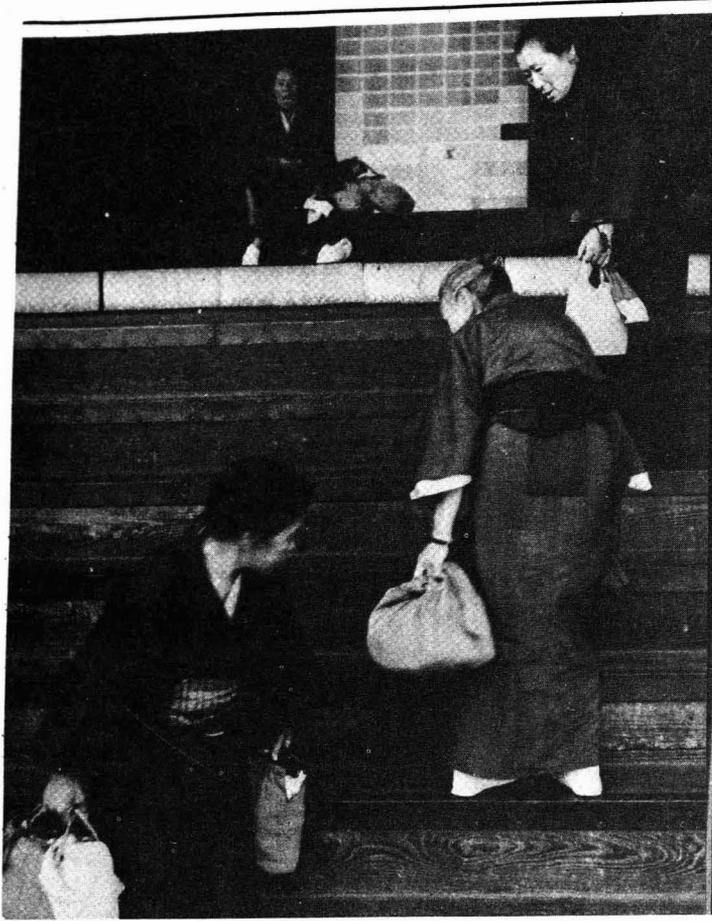
De esta manera, el elemento de competencia en el Japón moderno quedó ligado a un conformismo de vieja cepa; ambos, unificados popularmente, compitieron frente a lo extranjero y muy pronto se estructuraron de tal manera que pudieron lograr para el Japón una posición de poder internacional. La consigna "país rico, ejército fuerte" (*fukoku kyojei*) se convirtió en el nivel que el conformismo popular debía esforzarse en alcanzar: la competencia tomó la forma de un esfuerzo personal por la lealtad y la fidelidad hacia el emperador. Desde fines del siglo XIX, por más de treinta años, muchos burócratas siguieron la teoría jurídica constitucional de Minobe Tatsukichi —según la cual el emperador era un instrumento de la nación— al escribir los ensayos de sus exámenes para entrar al servicio público. Sin embargo, en 1935, los extremistas ultranacionalistas empezaron a atacar esa teoría por considerarla desleal, ya que tomaba al emperador sólo como instrumento. Cada partido político, temiendo ser atacado por sus



opositores si aceptara la teoría de Minobe, se dedicó a criticarla con ahinco. En 1940, al momento de disolverse los partidos políticos y surgir el movimiento para formar la asociación destinada a promover el régimen imperial (*Taisei yokusen kai*), todos los partidos compitieron por ser los primeros en disolverse para probar así su mayor fidelidad, y corrieron a unirse a la nueva asociación.

Es importante el hecho que la competencia dentro de esta sociedad conformista es por una lealtad cuyas bases carecen de definición. En el Japón moderno la lealtad hacia el emperador tenía un contenido no definido. De hecho existían documentos, como es el Rescrito para la Educación, pero éstos daban sólo máximas éticas muy generalizadas. La única manera de probar la lealtad hacia el emperador consistía en ser más leal que los demás. Si unos mostraban una lealtad extremista, no hacer lo mismo se veía como deslealtad. Durante los años de la guerra, cuando el hecho de llevar kimonos con mangas largas empezó a verse como desleal, todo el mundo tuvo que vestirse con la misma uniformidad. De hecho no estaba claro quién decidía el contenido de la lealtad. Aun el general Tōdyō, que inició la guerra contra los Estados Unidos, no estaba consciente de que él mismo había determinado la política que dio principio a la guerra. Para él no quedaba otra elección que reaccionar frente a las condiciones internacionales y al alto grado de nacionalismo popular que incitó. De esta manera, la competencia por la lealtad, dentro del conformismo, dio lugar a un sistema de irresponsabilidad.

Perdida la guerra, el sistema de valores que se centraba en el emperador quedó aniquilado, y el objeto de la lealtad popular se cambió del emperador a organismos más próximos. Sin embargo, el vínculo entre conformismo y competencia no varió: Toshiba y Sony compiten entre sí por la producción de televisores, y Toyota y Nissan por la de los automóviles; luego, dentro de cada una de estas compañías, existe una competencia por la lealtad hacia ella, para lograr el ascenso. Posiblemente, al vincularse el conformismo



con la competencia, las obligaciones psicológicas de cada individuo dentro de esa sociedad son todavía más grandes que las de una sociedad que esté controlada ya sea por principios simplemente conformistas, ya sea por los de competencia. En una sociedad que se rige sólo por el conformismo, basta con que sus miembros sigan pasivamente los valores tradicionales. Sin embargo, en la sociedad donde se ligan competencia y conformismo, los miembros tienen que manifestar su excelencia frente a los demás dentro de la limitación de atenerse a formas aceptadas. Esta sociedad no permite que la espontaneidad individual se desarrolle plenamente dentro del marco de la competencia con los demás, ya que las acciones, demasiado exitosas, romperían con el conformismo. La actividad está así constreñida. Pero esa característica ambivalente hace surgir toda clase de dificultades espirituales para los miembros de la sociedad. La tirantez producida por el reclamo divergente convierte al fin la resistencia de los jóvenes en algo patológico.

Las reacciones violentas que he citado no pueden desanudar las contradicciones de una sociedad en la cual existe el contubernio entre conformismo y competencia. Bien puede ser que haya yo tomado una postura demasiado trágica. De hecho esa situación ambivalente se convirtió también en una de las causas que impulsarían el desarrollo económico milagroso del Japón de la posguerra. Sin embargo, las varias dificultades que tal estado de cosas hizo surgir no se pueden remediar con facilidad. Quisiéramos mencionar sólo un elemento que quizá podría acarrear en el futuro algún cambio. Esto es el movimiento cívico que acaba de manifestarse después de la segunda mitad de la década de 1960.

Tomemos un ejemplo: frente a la contaminación del ambiente, por lo común los sindicatos obreros de las empresas que causan la contaminación no se oponen, justamente por la actitud conformista dentro de la compañía. Tampoco se puede contar con los partidos socialistas para los cuales esos sindicatos forman la base de apoyo en el momento de las elecciones. A fin de cuentas, los

que sufren la contaminación son los ciudadanos, y no hay otra manera de resolver el problema que por sus propios esfuerzos. El imperativo de resolver esas necesidades reales ha hecho surgir muchos movimientos cívicos, preocupados por la contaminación del ambiente de una manera regional; también por los problemas urbanos que resultaron de una urbanización repentina carente de planeación. Los numerosos accidentes de tránsito, el problema de los gases del escape de los vehículos, el problema del *smog*, del desagüe, del ruido, se han convertido en motores y objetivo de los movimientos cívicos.

Dadas estas condiciones, un gran número de los participantes en los movimientos cívicos ya no dependen de los viejos organismos gigantescos, como son los partidos socialistas y los sindicatos obreros. Víctimas de la competencia tergiversada dentro de la sociedad conformista moderna, los participantes en los movimientos cívicos se esfuerzan por solucionar por su propia fuerza las dificultades que la competencia hizo surgir. Constituyen la posición minoritaria que rechaza la actitud pasiva moderna. Por no depender de los organismos gigantescos preexistentes, su lucha contra ellos escapa a los límites tradicionales.

Sin embargo, se sobreentiende que hoy en día el alcance de un movimiento cívico con poca participación todavía es muy limitado. Sería precipitado decidir por ahora que esta clase de nuevo activismo tendrá suficiente poder para remediar la contradicción íntima de la sociedad japonesa. Pero por lo menos podemos señalar algunos hechos que deben llamar nuestra atención. Uno de ellos es que en 1967, Minobe Ryōkichi, que mantenía la consigna "un cielo azul para Tokio", fue reeligido como regente de la capital por los muchos grupos de ciudadanos que le apoyaron. Existe también el ejemplo de la ciudad de Mishima, donde fueron parados por un movimiento cívico que temía la contaminación del ambiente, los planes para la construcción de una planta que se proponía la conversión de aceite. Por lo menos no se puede negar que esta clase de actividades de muchos grupos de ciudadanos, ha hecho surgir serias preocupaciones populares frente al problema de la contaminación del ambiente.

En cuanto al futuro, no se puede determinar con facilidad si estos movimientos cívicos se fortalecerán paulatinamente y efectuarán un cambio en ese desafortunado vínculo entre conformismo y competencia en el Japón, o si ellos también sucumbirán a la presión de los organismos gigantescos y serán absorbidos por ellos. Es indudable, por otra parte, que la ambivalencia entre actitud gregaria y ambición personal, que encuentro tan profunda en el Japón, y tan característica, no es ajena a problemas similares de los demás países y que han surgido por doquier en el mundo moderno. Razón de más para preocuparme hondamente —junto con mis lectores— por el futuro de cualquier movimiento cívico como los que aquí he descrito.